

POR LA VIDA DE UN HOMBRE

Es humano dedicar un momento al conocimiento de lo que ocurre en el mundo y que la prensa calla

HAN RYNER, conocido novelista francés, habla valientemente, y se extraña del silencio que guardan Romain Rolland y A. France

Mme. Séverine, la noble anciana, "maestra del periodismo", traza la silueta de este hombre, Juan Bautista Acher, condenado a muerte por el funesto Directorio Militar Español. Leedla con amor, con un materno amor, como fué escrito por la sensible anarquista francesa

«Esperaba. Hubiera querido, para la mayor eficacia de la acción, ser parte esta vez de una muchedumbre y marchar en el rango más modesto. Creí que ante nosotros se levantaría, como una bandera de todos los escritores, el ilustre Anatole France; o Romain Rolland, el potente animador de las conciencias, tan grande en ciertos días.

France no ha sabido celebrar con un gesto humano su octogésimo aniversario. Romain Rolland parece ignorar el drama.

La liga de los Derechos del Hombre se muestra, una vez más, cobarde, inerte, o por lo menos muy tardía. Protestemos entonces nosotros, los impotentes, y rechazemos la vergüenza universal.

Lloremos — nosotros que de ordinario indiferentes, nos reímos de todas las vanidades — lloremos el no tener la gloria, pues ella sería entre el inocente y la amenaza que amenaza, el escudo salvador. Ahí no sería un Voltaire o un Victor Hugo quien guardara tan criminal silencio. Contra el inmediato o lento asesinato del desgraciado Acher, hubieran levantado el rotundo grito de su celebridad que agitará la salvadora tempestad y congregará el buen clamor de los hombres libres.

Mi corazón quisiera aliviarse, injuriando a los mudos. Calla, corazón, no se dan más que palabras de amor. Viva Acher! Viva el Poeta! Pueda este nombre, ingenuamente merecido, conmover por fin a nuestros retóricos del verso y la prosa... Vámonos! Imitad a la humanidad en la vida, como en vuestros libros! Vuestra misma careta o máscara, puede ser útil, y ella cubrirá un poco esa vergüenza animal.

HAN RYNER

Su vida? Vale la pena de ser contada, es breve. Según la bella y dolorosa definición de Juan Tomas, en «El Trabajo», de los veinte y dos años que cuenta, Shum ha vivido doce en la ilusión infantil, siete en la peor miseria y tres en la prisión. Tal es el balance de esta existencia condenada, torturada hoy en el curso de

la instrucción y cubierta por el su-
plido infamante.

Nació en el campo, en una aldea catalana, de humildes gentes. Tenía apenas once años cuando todos los suyos habían desaparecido, sin duda llevados por alguna epidemia. En esa situación, y encontrándose solo se trasladó a la ciudad vecina Barcelona.

Verlaine, al trazar su propio retrato, no pudo señalar con mejor acierto el destino del pequeño Acher.

Yo me he acerbado, huérfano triste — Y rico solo, por mis ojos tranquilos — A los hombres de las grandes ciudades — No he sido, para ellos, malo.

Tal fué el caso del niño extraviado en la tumultuosa Barcelona, donde trabajando se gana su pan como puede, en medio de una soledad sobrepoblada de indolentes. Ningún refugio sentimental o cerebral. Escuchadle: «Las letras para mí eran inaccesibles; sabía leer muy poco; amaba la música y el dibujo. Pero yo tenía que dejar todo eso como una cosa secundaria, y éste era mi mayor sufrimiento...»

Entonces fué cuando halla su primera amistad, que tuvo una gran influencia en el pensamiento del adolescente. El amigo era Loredo, pobre como él, y mayor de edad. Murió en el más grande de los abandonos en la mayor angustia, pero consiguió despertar en su joven compañero todo lo que en sí tenía en potencia, de vocación y reflexión; y luego de haberlo atraído hacia su gran sueño de anarquía.

Sin embargo esta amistad tan estrecha, que sólo rompió la muerte, fué sólo un preámbulo a la fraternidad que luego iba a ligar a Acher con el poeta Roca, conocido en la literatura por Shumblerium.

Se encontraron en París. Acher se

había contratado en esta ciudad. Su martillo le aseguraba el pan cotidiano. De noche, hambriento de relaciones intelectuales, frecuentaba un bar del Barrio Latino, lugar de cita de algunos artistas. Apenas comprendió el francés. Pero mira, escuchá, con un evidente, con un ardiente deseo de comprender! Luego, a cada momento, sobre cualquier trozo de papel, tiene el lápiz entre sus dedos, — dedos encallecidos por ruda labor.

Interesa. Se le admite. Se le adopta. Lee a Tolstoi, Gorki, Roca, Kropotkin, Réclus, Bakounine... Rumia sus lecturas, mientras trabajan sus manos. Y todas sus horas libres las emplea en el dibujo, mientras su amigo le lee, ya sus propios versos, ya los de otros.

Vino la guerra. Shumblerium que, por principio, se rehusa al servicio militar, es detenido, condenado, enviado a su puesto, de donde no vuelve más, desapareciendo en la horrible tormenta... En su recuerdo, Acher toma por pseudónimo las cuatro primeras letras de su nombre.

Cinco años duró la estadía de Acher en París. Había llegado siendo obrero, vivió como artesano, volvió artista.

Su partida coincide con la furiosa reacción que diezma la población obrera de Barcelona. Los generales Anido y Arlequí tienen bajo sus botas — duras botas espoladas — al proletariado de la ciudad! Cuatrocientos trabajadores son abatidos en la vía pública con la mayor indiferencia.

Acher se arroja a la lucha, con la única arma que posee: su lápiz. Shum ha nacido satírico, vehemente, desesperado. Hace reír de quien todos tiemblan, da coraje a los corazones desolados. Los años del momento lo exacerban. Como prender a este hombre dulce, pacífico, que sólo obra cerebralmente.

Una explosión, en momentos en que él va a retirar su ropa de la lavandera, da los motivos. Gravemente herido es transportado al hospital e inculpa-

do. Se sabe «hacer hablar a los prisioneros, en Montjuich y alrededores! Torciéndosele los senos a Rosario Sagarra, torciéndole otra cosa a los hombres, se les arranca a gritos confesiones. Shum también atormentado en su lecho de dolor según el viejo sistema español, desfallece, y firma todo lo que sus verdugos le exigen: se reconoce así culpable de una agresión contra un chauffeurs, que se obstina en afirmar que no conoce a Acher».

Pues se trataba, como se comprende, de relacionar el atentado de la calle Toledo, con otro precedente, cometido en el paseo de Gracia. Reiniciencia, entonces.

Y para la condena de Shum era indispensable que hubiera una reincidencia, pues de ese modo se daba cabida al segundo crimen y podía alcanzarse la pena capital.

Así se hizo! Shum está perdido, si todo lo que en Francia, — en Europa, — tiene cerebro, no interviene.

Shum es inocente. La soberbia anarquista es bastante proverbial, frente a cualquier acto cumplido, para que se acuerde crédito y desmentido. Shum, — salvo en los momentos de tortura corporal — ha negado enérgicamente toda participación en un gesto que nada, ni su pasado, ni su mentalidad, permite atribuirle.

Tiene veinte y dos años, tiene talento, se le quiere matar!

Atormentada por una enfermedad, no leía los periódicos desde hace quince días, o más; recién ayer me he enterado de todo. Y temo de llegar muy tarde!

Mme. SEVERINE